LECCIONES Á DOMICILIO

Cortiguera Olaran

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GERTRUDIS......................	SRTA. EUTRENA.
DOÑA RUFA......................	MARCOS.
UNA CRIADA.....................	CALVERA.
DON RUFINO.....................	SR. PUERTA.
ARTURO.........................	FERNÁNDEZ.

Las indicaciones del lado del espectador

NOTA Las palabras subrayadas pronúnciense como están escritas.

ACTO ÚNICO

Gabinete decentemente amueblado. En primer término derecha, un velador con libros y papeles. Sobre una butaca un bastidor con labor de bordado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

DON RUFINO y GERTRUDIS sentados uno á cada lado del velador.

RUF. ¿El cuchillo?

GER. *Le cutó.*

RUF. ¿Violento?

GER. *Violán.*

RUF. (Gangosamente.) *¡Violán... violán!..* ¡Más nasal!

GER. Diga usted, maestro, ¿qué significa eso de nasal?

RUF. ¿Nasal? Gutural.

GER. (Encogiéndose de hombros.) Me es igual.

RUF. ¿Cuál?

GER. Gutural ó nasal. No entiendo ninguna de las dos cosas.

RUF. Pues se dice nasal porque se pronuncia con las fosas nasales.

GER. Y ¿dónde están esas fosas?

RUF. En la nariz, señorita; sólo que están por dentro y no se ven.

GER. Pero esas fosas no las tendrán más que los franceses.

RUF. No tal, las tenemos todos; son fosas comunes.

GER. ¿Como las de los cementerios?

RUF. Eso es. Vamos adelante. ¿El sol?
GER. *Le solell.*
RUF. Quiero pan.
GER. ¿No ha comido usted todavía?
RUF. Sí, hija, sí, ¡gracias á Dios! Es para que lo repita usted en francés.
GER. ¡Ah, vamos!
RUF. Vamos á ver: quiero pan.
GER. *Ye ve di pen.*
RUF. (Levantándose.) Perfectamente. Deme usted mi sombrero
GER. (Sin moverse.) *Done muá mon chapó.*
RUF. No, no es eso; busco el sombrero, porque hemos acabado por hoy.
GER. ¡Ah! Dispense usted; no lo había comprendido. (Cogiendo el sombrero que estará sobre una silla y dándoselo á don Rufino.) Tome usted.
RUF. Gracias, eximia discípula; hasta mañana. (Se dirige al foro.) Póngame á los pies de su mamá...
GER. Adiós, maestro.
RUF. (Volviéndose de pronto y dándose una palmada en la frente.) ¡Qué cabeza la mía!
GER. ¿Le duele á usted?
RUF. No, afortunadamente; es que me iba sin señalar á usted lección para mañana.
GER. Es verdad.
RUF. Vamos á ver. (Se acercan al velador y hojean los libros.)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA RUFA por la puerta izquierda con labor de calceta en la mano.

Música

RUFA (Desde la puerta.)
Buenas tardes, don Rufino.
RUF. (Volviéndose.) Doña Rufa, pase usted.
RUFA (Entrando.) Voy notando que Gertrudis adelanta en el francés.

RUF. Esta chica es un prodigio.
GER. Muchas gracias.
RUF. No hay de qué.
Del idioma se ha enterado
con pasmosa rapidez.

—

Con atinadas lecciones mías
y con constancia y aplicación,
tendrá Gertrudis, en pocos días,
una correcta pronunciación.
RUFA Yo no me asombro del adelanto
ni me sorprendo, créalo usté;
con un maestro que vale tanto...
RUF. Favor...
RUFA Justicia...
RUF. No, tal...
RUFA Sí, á fe.

—

RUF. No puedo menos
de confesar
que es la discípula
que me honra más,
y como prueba
de esta verdad
va usted á oirla.
RUFA Vamos allá.
RUF. (A Gertrudis.)
¿Cómo dicen los franceses
cuando quieren saludar?
GER. *Ye m'egaye di rancontre*
mersi, mersi, done muá.
RUF. ¿Cómo llaman á los perros?
RUFA (Interrumpiendo.)
Con silbidos, ¡claro está!
RUF. ¿Y á las niñas?
GER. *Petit fames.*
RUF. ¿Y al paseo?
GER. *Bulevar.*
RUF. Y si se arruina
cualquier francés,
¿qué es lo que dice?

GER. *Ye sui troné.*
RUF. ¿Y si le deben
un dineral?
RUFA (Interrumpiendo.)
Le cuesta un triunfo
poder cobrar.

—

RUF. ¿Qué se dicen los amantes?
GER. *Ye t'adore tut ma vi.*
RUF. ¿Y si llaman á un amigo?
GER. Pues le gritan: *mon ami.*
RUF. ¿Cómo dicen si están malos?
GER. *Y'é tre grave maladí.*
RUF. ¿Y si tienen sabañones?
RUFA Se los rascan como aquí.
RUF. No cabe duda
de que habla bien.
RUFA Ya tiene acento
de parisién.
RUF. Con esas luces
que Dios la dió,
sabrá la lengua
mejor que yo.

—

RUF. ¿Pan?
GER. *Pen*
RUF. ¿Vino?
GER. *Ven.*
RUF. ¿Mano?
GER. *Men.*
RUF. ¡De chipén!
LOS TRES ¡Bien!

Hablado

RUFA Bien, hija mía, bien; estoy satisfecha de tus adelantos, de los cuales corresponde el principal mérito á tu profesor, que es una verdadera especialidad para los idiomas.
RUF. (Inclinándose.) Señora...
GER. Sí, mamá; y me parece que para estudiar á

regañadientes, estoy haciendo hasta demasiado.

RUFA Vamos, Gertrudis, no digas eso, que vas á desanimar á don Rufino. ¡El, que te enseña la lengua con tanto cariño!...

RUF. ¡Ya lo creo!

GER. ¡Una lengua tan larga!...

RUF. ¿Cuál, señorita?

GER. La francesa; parece que jamás vamos á acabar de aprender palabras y más palabras.

RUF. Efectivamente, Gertrudis; pero usted tiene talento, y..

GER. ¡Y luego tan gangosa!

RUFA Mejor; es una verdadera ganga.

RUF. Señoras, yo me considero sumamente honrado y complacido con tan grata compañía; pero otros discípulos reclaman mi atención, y, con el permiso de ustedes, corro á iluminarles con las luces de mi maravilloso sistema de enseñanza...

RUFA ¡Pues no faltaba más! Hasta mañana, don Rufino.

RUF. Usted me manda, doña Rufa. A los pies de usted, aventajada discípula.

GER. Beso á usted la mano. (Vase por el foro don Rufino.)

ESCENA III

DOÑA RUFA y GERTRUDIS. (Se sientan: doña Rufa hace calceta y Gertrudis borda.)

RUFA Ya lo ves, hija mía; don Rufino está contentísimo de tus adelantos, y es preciso que no le pagues con desaires el interés que se toma por ti.

GER. ¡Pero, mamá!...

RUFA Nada, nada; es necesario que seas razonable, que estudies el francés con gusto, sin poner esa cara de vinagre delante de los libros, y que comprendas que no te lo hago estudiar por capricho, sino por tu bien.

GER. (Con tristeza.) ¡Por mi bien!...

RUFA ¡Naturalmente! La felicidad de la mujer depende de un buen matrimonio. Te he buscado un partido ventajoso; el que pronto será tu marido, el hombre que ha de hacerte dichosa, exige como primera condición que sepas hablar francés, y no me parece que el sacrificio es tan enorme.

GER. ¿Y cómo sabes tú que ese hombre ha de hacerme dichosa, si no le conoces?

RUFA No hace falta conocerle; ya sabes que es rico.

GER. Eso no basta.

RUFA Además, es francés, y los franceses son gente ilustrada, galante, cariñosa..

GER. Habrá de todo.

RUFA ¡Claro que sí! Pero hablo en tesis general. La mayoría de ellos son elegantes, limpios y rubios.

GER. ¡Me fastidian los rubios!

RUFA (Enojada.) ¡Y á mí me fastidia tu sistemática intransigencia!

GER. Está bien; no volveré á decir una palabra.

RUFA Además, en Francia abundan mucho los títulos nobiliarios; casi todos los hombres bien acomodados son condes, duques... Mira: apostaría cualquier cosa á que tu futuro marido es, por lo menos, barón.

GER. ¡Pues estaría bueno que no lo fuera!

RUFA De seguro que lo es. ¡Hay cada barón en aquel París!...

GER. Pues por aquí no los hay malos. (Con dulzura.) Si tú me dejaras elegir á mi gusto...

RUFA Sí, ya te veo venir; te quedarías con el primito. Ya te he dicho que no quiero que me vuelvas á hablar de él.

GER. Pero, mamá, ¿qué delito hay en quererle? ¿Lo puedo yo remediar acaso?

RUFA Es un calavera, un botarate, que te abandonaría á los ocho días de casarse.

GER. Pues, bueno; á pesar de todo eso, le prefiero al maldito franchute, á quien ya tengo odio sin conocerle.

RUFA Vamos, Gertrudis, no me incomodes. Tengo más años que tú, más experiencia, y sé lo que te conviene. En cuanto venga tu primo, me haces el obsequio de decirle que pierde el tiempo si viene con intenciones de llevarte al tálamo.

GER. ¿Adónde?

RUFA Á la Vicaría.

GER. ¡Yo no le digo eso!

RUFA Bueno, pues se lo diré yo de otra manera más expresiva.

GER. ¡Por Dios, mamá!...

RUFA Nada, nada; te has empeñado en desobedecerme, y te vas á encontrar con la horma de tu zapato (Suena dentro una campanilla.) El debe ser; me alegro. Ahora verás.

ESCENA IV

DICHAS y una CRIADA. Luego ARTURO

CRIADA (Desde la puerta del foro.) Señora...

RUFA ¿Qué hay?

CRIADA El señorito Arturo.

RUFA Que pase. (Vase la criada. Gertrudis se agita nerviosamente en la silla.) Vaya, niña, estate quieta; excusas ponerte alegre, porque no has de salirte con la tuya.

GER. ¡Si no lo puedo remediar! Cuando oigo sus pasos me vuelvo loca...

ART. (Desde la puerta del foro.) Buenas tardes.

RUFA (Secamente.) Buenas tardes.

GER. (Con cariño.) ¡Hola, primo! (Doña Rufa la mira severamente.)

ART. ¿Se puede pasar?

RUFA Adelante. (Entra Arturo.)

GER. (Señalándole una silla á su lado y mirándole con dulzura.) Siéntate aquí, Arturo.

RUFA (A Gertrudis en tono amenazador.) ¡Niña! (Arturo, que iba a sentarse donde Gertrudis le indicaba, va con timidez á ocupar una silla que hay á cierta distancia.)

ART. (Aparte.) ¿Qué mosca le habrá picado á mi tía? (Pausa.)

RUFA (A Arturo, con sorna.) Ya era hora de que se le viera á usted el pelo por aquí, caballerito.

GER. Hace un siglo que no te vemos. (Doña Rufa vuelve á mirarla con severidad.)

ART. Efectivamente; desde hace unos días he estado muy ocupado y...

RUFA Alguna intriga amorosa, ¡como si lo viera!

GER. (Vivamente.) ¿Verdad que no?

ART. Cierto; nada de eso. Asuntos comerciales que tuve que despachar con toda urgencia me han impedido venir; pero bien sabe Dios lo mal que me encuentro lejos de esta casa. (Mirando á Gertrudis.)

GER. ¿De veras?

ART. Palabra de honor.

RUFA A otro perro con ese honor, digo, con ese hueso.

ART. ¿No me cree usted, tía?

RUFA No acostumbro á dar crédito á las palabras de los hombres disipados.

GER. ¡Mamá, por Dios!...

ART. ¿Y si yo le probase á usted que no miento ni exagero?

RUFA Aunque fuera más verdad que el Evangelio todo cuanto dices, de nada te había de servir, puesto que no habéis de ser el uno para el otro.

GER. ¡Mamá!...

ART. ¡Tía!...

RUFA Lo dicho. Pierdes el tiempo si vienes á esta casa como pretendiente; solo tienes entrada en ella como primo.

ART. ¡Eso sería mucha primada!

RUFA Y como los malos tragos conviene pasarlos pronto, has de saber, sobrino, que tu prima está ya comprometida.

ART. (Levantándose.) ¡Gertrudis!

GER. (Llorando.) No hagas caso.

RUFA ¿Te atreverás á desmentirme? (Sacando del bolsillo un periódico y dándoselo á Arturo.) Toma.

GER. (Aparte.) ¡Dios mío!

ART. (Desdoblando el periódico.) ¿Qué es esto?
RUFA *La Correspondencia de España.*
ART. ¿Y para qué la quiero yo?
RUFA Para leerla.
ART. ¿Trae alguna noticia de sensación?
RUFA ¡Ya lo creo! (Con malicia y recalcando la frase.) ¡De muchísima sensación! Mira los anuncios y verás.
ART. Gracias, no me interesa ninguno. (Intentando devolver el periódico á doña Rufa.)
RUFA Sí que te interesan. Lee aquí. (Señalando un lugar de la última plana.)
ART. (Leyendo.) «Ama de cría para casa...»
RUFA Más abajo.
ART. (Leyendo.) «Avisos útiles.»
RUFA Justo, eso es; sigue.
ART. (Lee.) «Joven francés con quince mil francos de renta desea contraer matrimonio con señorita española bien parecida, que posea el idioma francés. Diríjanse retratos lista correos. París.» (Pausa.) Bueno, ¿y qué?
RUFA Entérate del anuncio que sigue.
ART. (Lee.) «Rufino Lenguaraz, profesor de idiomas. Enseña en pocas semanas, Molineros, cuatro, cuarto cuarto. Lecciones á domicilio. Honorarios módicos.» (Pausa.) Y á mí ¿qué me importa todo esto?
RUFA Mucho.
ART. Si no se explica usted más...
RUFA A eso voy. ¿Qué se desprende de esos dos anuncios que acabas de leer?
ART. (Encogiéndose de hombros.) Pues no veo que se desprendan más que dos cosas.
RUFA ¿A ver?
ART. Que existe un joven francés que está rabiando por casarse y que hay un profesor de idiomas que está rabiando por tener discípulos.
RUFA (Aparte.) ¡Tú sí que vas á rabiar de veras antes de un minuto! (Alto.) ¿Nada más?
ART. Nada más.
RUFA Pues aún hay más.
ART. ¡Pero acabará usted de explicarse, tía Rufa!

GER. (Llorando.) ¡Mamá, no le martirices más, por los clavos de Cristo!

RUFA (Aparte.) Ahora... ¡pum! el golletazo, (Alto.) Pues ese joven francés que reside en París y que tiene quince mil francos de renta, será en breve plazo el esposo de tu adorada prima Gertrudis.

ART. ¿Eh? (Mira con enojo á Gertrudis que se tapa la cara para sollozar.)

RUFA Y ese profesor de idiomas que da lecciones á domicilio á precios módicos es el que, hace dos semanas, viene diariamente á esta casa á dar lección de francés á la chica para que quede cumplida una de las condiciones del contrato. ¡Y por cierto que ya está muy adelantada! (Pausa.) ¿Qué te parece? (Con ironía.)

ART. (Amenazador.) ¡Señora!... ¿Se quiere usted burlar de mí?

RUFA (Riendo.) ¡Já, já, já!...

ART. (Dulcificándose un poco.) ¿De modo que es una broma? (Poniéndose otra vez serio.) ¡Ah! Pero aunque así sea, la encuentro demasiado pesada.

RUFA ¿Broma? ¡Qué disparate! (Señalando á Gertrudis, que solloza.) Mira qué manera de reirse tiene tu prima. Pero ya se irá acostumbrando; eso pasa pronto.

GER. ¡Pero mamá!...

ART. (Furioso.) ¡Pero tía!...

RUFA ¡No hay tu tía! ¿Quieres ver la carta que nos ha escrito mi futuro yerno?

ART. (Paseándose agitado.) ¡No quiero ver nada! ¡Vaya usted al demonio!

RUFA (Riendo.) ¡Já, já. já!...

ART. ¡No puedo sufrirlo! ¡Esto es superior á mis fuerzas! ¡Yo necesito pegarme un tiro!...

RUFA (Con calma.) Eres muy dueño de tomar la resolución que más te plazca... pero no hay miedo; conozco muy bien á los hombres y estoy segura de que no llegará la sangre al río. ¡Todo lo cura el tiempo!

ART. (Desesperado.) ¡Doña Rufa!...

RUFA (Aparte.) ¡Está que bufa! (Alto. Retirándose son-

riente y haciendo reverencias á Arturo.) Hasta otro rato, caro sobrino; estoy á tus órdenes. Mandar. (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA V

GERTRUDIS y ARTURO. Arturo se deja caer en una butaca y se cubre la cara con las manos. Gertrudis sigue llorando. Pausa.

ART. (Después de un rato acerca su silla á la de Gertrudis, que sigue con la cara cubierta.) Gertrudis... (Con dulzura. Pausa. Gertrudis no contesta ni se mueve.) Prima...

GER. ¡Déjame, Arturo, no puedo más! Vete... olvídame... mátame, haz lo que quieras. Soy una infame, lo confieso. Me he dejado dominar demasiado; no he sabido resistir... Ya no tiene remedio.

ART. No, vida mía, no; estás muy equivocada si crees que te guardo rencor y que voy á reñirte; nada de eso. Ya sé que tu madre (y perdóname que te lo diga) es una jabalina, aunque sea mala la comparación.

GER. ¡Si vieras qué miedo la tengo!

ART. No me extraña; yo también la temo, á pesar de ser hombre; no sé lo que me pasa cuando miro de cerca aquellos ojos estrellados y aquel bigote que parece un felpudo.

GER. Sería capaz de matar al que la llevase la contraria

ART. Y, en vez de la contraria, ¿no se la podía llevar... el diantre?

GER. (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy, Arturo!

ART. Vamos, prima, cálmate y procuremos entendernos de una vez, porque maldito si comprendo una palabra de todo lo que aquí pasa.

GER. Ni yo tampoco.

ART. ¿Quién es ese francés con quien vas á casarte?

GER. ¡Si no le conozco!

ART. Pues entonces, ¿cómo te has comprometido?

GER. Yo no me he comprometido á nada. Ha sido mamá.

ART. ¡Acabáramos! ¿Luego es ella la que se casa? ¡Es la primera idea buena que ha tenido! Así la veremos lejos de nosotros y...

GER. No es eso, no. He querido decir que ella es la que lo ha arreglado todo sin contar conmigo para nada. Se encontró un día con ese anuncio que te ha hecho leer hace poco; se empeñó en que era una ventajosísima proporción para mí; escribió á París acompañando la carta de un retrato mío, y eso es todo.

ART. Y ¿habéis recibido contestación?

GER. Sí; á los pocos días recibimos una carta escrita en francés.

ART. ¿Dónde está esa carta?

GER. La llevó don Rufino para traducirla y siempre se le olvida devolvérnosla. Según él asegura me acepta el francés decididamente por esposa; dice que ha examinado con detenimiento mi retrato y que le gusto mucho.

ART. ¡Maldito francés! ¡Qué buen gusto tiene!

GER. ¡Adulador!

ART. ¿Y qué más?

GER. Y... riquísimo. (Con mimo.)

ART. No, no es eso; pregunto qué otra cosa dice la carta además.

GER. ¡Ah! Que tan pronto como haya terminado los estudios del idioma, tenga la bondad de avisarle para que venga inmediatamente á unirse conmigo en indisoluble lazo (Llora.) ¡No es mal lazo el que me han tendido!

ART. (Levantándose.) Pues, señor, ¡estamos frescos! ¿Y para eso te he estado yo amando años y más años? ¿Para eso he trabajado como un negro y he luchado como un héroe hasta conseguir crearme una posición que poder ofrecerte? ¡Para quedarme luego á la luna de Valencia!

GER. No me culpes, Arturo; ya sabes que te amaré toda mi vida. He hecho todo lo posible por evitar este suceso en que tan compro-

metida queda mi felicidad, pero mamá lo ha dispuesto y ya la conoces; sería inútil resistir por más tiempo.

ART. (Calmándose.) Tienes razón; no sé lo que me digo. (Pausa.) Pero ¿qué he hecho yo para que tu madre me rechace de ese modo? ¿Qué idea tiene formada de mí... si es que ella es capaz de tener ideas?

GER. Dice que no eres partido.

ART. En eso tiene razón; soy todo lo contrario.

GER. Que eres un calavera y que, además, no andas bien...

ART. Pues, ¿qué tiene ella que decir de estos andares? (Paseándose con afectación.)

GER. No me refiero á eso; dice que tienes poco...

ART. ¿De qué?

GER. De aquí. (Indicando dinero con los dedos.)

ART. ¡De acá... sí que tiene ella poco! (Señala á la frente.) ¡Casarte con un francés!

GER. No me lo recuerdes. ¡Si vieras qué poca confianza tengo en los franceses!

ART. Haces bien. Quizá sea algún saltimbanqui.

GER. O algún domador de fieras.

ART. Pues, mira; si habeis de vivir con tu madre, eso sería una ventaja.

GER. Puede ser que tenga algún defecto físico y le desprecien sus paisanas.

ART. Tal vez.

GER. Dime, Arturo; ¿tienes tú algún defecto de esos?

ART. No, hija, ¡qué he de tener!

GER. (Llorando.) ¡Qué desgracia!

ART. ¡Diablo! ¿Te contraría que no lo tenga?

GER. Al contrario; digo que soy muy desgraciada.

ART. (Después de una pausa en que se ha quedado pensativo.) Oye, Gertrudis...

GER. ¿Qué?

ART. Me ocurre una idea. ¿Estás decidida á ser mía si yo consigo arreglarlo todo?

GER. ¡Qué duda tiene!

ART. Bueno. ¿Cuánto tiempo falta para que tu matrimonio se verifique?

GER. Pues hasta que acabe de aprender el francés. Dice don Rufino que en mes y medio próximamente estaré bastante instruída.

ART. (Abstraído y hablando consigo mismo.) Sí; hay tiempo de sobra.

GER. ¿Para qué?

ART. (Levantándose decidido y cogiendo el sombrero.) No me preguntes nada. ¿Dices que don Rufino tiene la carta de tu pretendiente?

GER. Sí.

ART. ¿Dónde vive ese buen señor?

GER. Pero, ¿para qué quieres esa carta? ¿Qué vas á hacer?

ART. Ya lo sabrás á su debido tiempo. (Se dirige al foro deteniéndose de pronto y quedando pensativo.)

GER. ¿Qué te pasa?

ART. Nada; estoy pensando que para nada necesito la carta esa. Me basta con saber el nombre del franchute.

GER. Pues, mira; aquí está casualmente su tarjeta. (Va al velador y coge una tarjeta.)

ART. ¡Su tarjeta! ¡Magnífico! Tengo más de lo que necesito.

GER. (Entregándosela.) Mira.

ART. (Leyéndola.) «Charles Montfreville.— París.» Charles... Charles... ¡Algún charlatán, de seguro! En fin, para el caso es lo mismo. Perfectamente; me quedo con la tarjetita. (La guarda.)

GER. Pero ¿para qué la quieres?

ART. Ya lo verás.

GER. ¿Y si mamá la busca?

ART. Pues que no la encuentre. Adiós. (Va hacia el foro.)

GER. Pero, Dios mío, ¿qué vas á hacer?

ART. No tardarás en saberlo. (Vase corriendo.)

GER. Pero, oye... (Corriendo tras él y deteniéndose en el foro.) ¡Arturo! ¡Arturo! (Gritando.) Se marchó. (Vuelve al proscenio.) ¡Dios mío! ¿Si irá á hacer algún disparate?

ESCENA VI

GERTRUDIS, sola.

Música

GER. Si mi primo incomodado
se ha marchado
y hace alguna atrocidad,
yo soy única culpable,
responsable,
por tener debilidad.
En mis sueños de ventura,
¡qué locura!
suya ser pensaba yo,
pero el cielo no me ha oído
y al olvido
mis plegarias arrojó.

—

Arturo me adora,
le adoro yo á él,
oir me seduce
sus frases de miel;
mas terca su tía
jamás cederá...
¡Dios mio, qué necia,
qué necia es mamá!

—

Sin consultarme ni prevenirme,
con un gabacho me van á unir,
mas yo á sus frases seré de mármol
y sus caricias me harán sufrir;
y al acordarme del pobre Arturo
que me idolatra con ciego afán,
diré que en Francia no le hay más curro,
ni más gitano, ni más barbián.

—

Si al ver que un extraño
me lleva al altar,

vencido mi primo
me deja de amar,
pensando que de otra
pudiera ser él,
los celos malditos
me harán ser infiel.

—

Y el mundo entero, juzgando acaso
que á otros impulsos obedecí,
sin ver la causa de mi desdicha
desprecio sólo tendrá hacia mí;
y al verme aislada y escarnecida
luchando á solas con mi pasión,
será en la tumba donde hallar pueda
reposo eterno mi corazón.
(Se sienta junto al velador y abre un libro.)

ESCENA VII

GERTRUDIS y DOÑA RUFA

Hablado

RUFA (Saliendo por la puerta izquierda.) ¿Qué haces, niña?

GER. Ya lo ves, mamá; obedecerte, estudiar estas cosas que maldito lo que me interesan.

RUFA Así me gusta. ¿Ya se marchó ese zascandil?

GER. ¿Quién?

RUFA ¡Quién ha de ser! Arturo.

GER. Es que no es lo mismo. Arturo sí, se marchó; al *zascandil* (Recalcándolo.) no le conozco.

RUFA ¿Volvemos á las andadas?

GER. Ya me callo.

RUFA Y haces bien, porque me parece que con la metralla que le he disparado no le han de quedar ganas de volver.

GER. (Aparte.) Allá veremos.

ESCENA VIII

GERTRUDIS, DOÑA RUFA, DON RUFINO. Luego la Criada.

RUF. (Por el foro, muy sofocado.) Señoras, á los pies de ustedes.

RUFA / GER. (Sorprendidas.) ¡Don Rufino!

RUF. Yo les pido mil perdones si vengo á incomodarles, pero ..

RUFA ¿Cómo á estas horas por aquí? ¡Y qué sofocado! ¿Le ha ocurrido algo?

RUF. Sí, señora; una pérdida.

GER. ¿Ha perdido aquí alguna cosa?

RUFA ¿Algo de valor, tal vez?

RUF. De mucho valor, sí, señora; ¡como que es un recuerdo de familia! La memoria.

RUFA / GER. ¿Eh?

RUF. La memoria. ¡Soy lo más olvidadizo! Estaba seriamente ocupado en la ingrata tarea de introducir mis provechosas enseñanzas en la embotada inteligencia de una discípula, cuando, á media conferencia, observo que me falta el tomo de traducciones, ¡ya ven ustedes! lo más importante de un idioma: la traducción. No podíamos continuar la lección, pero recordando que me había dejado aquí el libro, no he dudado en venir á esta casa con toda la velocidad que me permiten mis cansados remos para recoger el precioso documento y continuar mi interrumpido trabajo.

GER. (Cogiendo un libro de encima del velador.) Efectivamente, aquí está.

RUF. (Cogiéndole.) Gracias mil, preclara discípula. Nada me resta sino pedir un millón de indulgencias por la incomodidad que les he proporcionado, y quedando, como siempre, á la disposición de ustedes, se despide hasta mañana su afectísimo y seguro servidor que besa...

CRIADA (Por el foro.) Señora, esta tarjeta acaba de traer un lacayo y me ha dicho que dentro de un momento tendrá el gusto de venir á visitarles el caballero que se la ha entregado. (Entrega una tarjeta á doña Rufa y se va por el foro.)

RUFA (Leyéndola.) «¡Charles Montfreville.—París!» (Asombrada.)

RUF. (Dejándose caer en una butaca.) ¡¡Charles Montfreville!!

GER. (Aparte.) ¡Dios mío, la tarjeta que llevó Arturo! Si será...

RUF. (Turbado.) ¡Pero si no es posible! El dueño de esta tarjeta es un impostor... Charles Montfreville no existe...

GER. ¿Eh?

RUFA ¿Cómo que no existe?

RUF. (Aparte.) ¡Caramba, por poco me descubro! Es preciso tener serenidad. (Alto.) Digo... es decir... no; he querido decir que ese caballero no existe... en España.

RUFA Pues bien claro lo dice la tarjeta. (Enseñándosela.) Mire usted: «Charles Montfreville.—París.»

RUF. (Lee.) Efectivamente, pero eso demuestra que está en París.

RUFA ¿Y no ha oído usted decir que dentro de un momento vendrá á vernos? Eso indica que no ha podido resistir por más tiempo el deseo de conocer á mi hija; que tiene prisa por casarse. ¿Verdad, Gertrudis, que estás muy satisfecha?

GER. (Dudosa.) Sí, mamá, satisfechísima. (Aparte.) No sé qué decir. ¿Será cierto, ó será sólo una diablura de Arturo?

RUFA ¿Lo ves, hija mía? No es tan fiero el león como le pintan; ahora que lo ves de cerca no te horroriza la idea tanto como antes.

RUF. (Aparte.) ¡Caracoles! ¿Si seré víctima de una coincidencia? ¿Si habré inventado un nombre que existe en realidad? No acierto á explicármelo.

RUFA Vamos, niña, vamos á arreglarnos un poco;

no es cosa de que tu prometido nos encuentre en traje de mañana.

RUF. Y yo, señoras, con su permiso... (Aparte.) Lo mejor es escapar por si acaso. (Alto.) Voy á continuar...

RUFA De ninguna manera, don Rufino; usted se queda porque le necesitaremos de seguro.

RUF (Aparte.) ¡Me partió! (Alto.) Pero...

RUFA Nada, nada; es preciso que no nos abandone usted en circunstancias tan críticas. La chica no domina todavía el francés y necesitaremos un intérprete.

RUF Pero, ¿y mis lecciones?

RUFA Yo se las pago á usted todas. No hay más remedio; ahí se queda usted mientras nosotras nos hacemos la... la... *toilette.*

RUF. Perdón, señora: la *tualet.*

RUFA Es lo mismo. Hasta ahora. (Vase con Gertrudis por la puerta derecha.)

RUF. (Siguiéndolas hasta la puerta.) Pero, señora, yo... mis ocupaciones...

ESCENA IX

DON RUFINO solo

(Volviendo al proscenio.) Nada, no hay escapatoria; aquí me tengo que estar hasta que esto se aclare. Y lo peor es que si se aclara me echarán á puntapiés por la escalera... y por embustero. (Se sienta. Pausa.) ¡Sea usted políglota para esto! Posea usted diecisiete lenguas entre vivas y muertas—sin contar con la suya—¡y á lo mejor le sale á uno la criada respondona! Verdad es que yo no tengo criada, pero en cambio, tengo talento, que es mucho mejor... y el talento es el que me pone en este compromiso; de donde se deduce que no sirven para nada las criadas... ni el talento. (Pausa.) Pero no; aquí debe de haber alguna equivocación. ¡Sería demasiada coincidencia!.. Inventar un individuo;

darle un nombre tan sonoro y elegante como el de Charles Montfreville; darle además quince mil francos de renta nominales ¡que no es poco dar! y dársele finalmente por marido ilusorio á una discípula... me parece que tiene bastantes bemoles. Pero más bemoles tiene que ese individuo exista real y efectivamente, y venga en los momentos más críticos á ponerme entre la espada y la pared, es decir, entre la opulencia y la mendicidad; porque si se descubre que todos esos jóvenes extranjeros y ricos son séres inventados por mí para proporcionarme discípulas... ¡Adiós mis lecciones! ¡Adiós mi bien estar! y... ¡adiós, Madrid! (Pausa.) En fin, esperemos resignados hasta ver en qué para todo esto. Agarrémonos á la última esperanza; si confesase mi crimen antes de tiempo, me saldría peor la cuenta, y... (Suena dentro la campanilla.) ¡Cielo santo! Ahí está el francés; tengamos valor. (Levantándose decidido y accionando trágicamente.) ¡Santiago y á ellos!

Llamé á Francia, y no me oyó;
en mis redes me pescó
como se pesca á una rata,
y si es que metí la pata...
¡responda Francia, yo no!

(Se cruza de brazos y queda en actitud dramática, mirando al foro.)

ESCENA X

DON RUFINO y ARTURO, que aparece por la puerta del foro, vestido de levita y sombrero de copa, con lentes, y bigote, perilla y peluca rubios. Fuma un cigarro puro.

ART. (Desde la puerta.) *Bon yur.* (Aparte. Fijándose en don Rufino.) ¿Quién será este buen señor?

RUF. (Haciendo reverencias.) *Ye sui votre serviter, mosié.*

ART. (Aparte.) Parece que me ha hablado en francés.. ¡Caracoles! ¿Si será éste el verdadero

Montfreville, que ha adelantado su viaje? ¡No me faltaba más que esto para estropear mis planes!

RUF. (Indicando á Arturo una silla en un extremo del proscenio.) *Aseyé vu, mosié.*

ART. (Aparte.) Creo que me manda sentar. (Se sienta, haciendo á don Rufino una profunda reverencia.) No quisiera que comprendiese que no le entiendo.

RUF. (Aparte. Sentándose en el otro extremo.) Es un francés de muy pocas palabras.

ART. (Aparte.) Pues si este es el joven francés con quince mil francos de renta, no tiene traza de joven, ni de francés... ni de haber tenido quince mil francos en su vida. (Fuma.)

RUF. (Aparte. Mirándole de reojo.) ¡Caramba, cómo tira de habano!

ART. (Aparte. Palpándose el bigote.) ¡Y cómo tira la goma de ese maldito peluquero!

RUF. (Aparte.) Si me atreviese á entablar conversación con él, conseguiría poner en claro mi situación y poner... pies en polvorosa antes de que se descubriese todo. Meditemos. (Medita.)

ART. (Aparte.) ¡En buen berengenal me he metido! ¿Cómo iba yo á sospechar que este hombre hubiera precipitado su viaje, destruyendo así mis planes? En cuanto se convenza de que no soy francés... ¡menudo compromiso!

RUF. (Aparte.) No sé como empezar... En fin, yo me lanzo. (Alto á Arturo, con amabilidad.) *Il fé fruá.*

ART. *Mersi.* (Aparte.) ¿Qué habrá dicho?... ¡Sabe Dios si habré contestado alguna barbaridad!

RUF. (Aparte. Asombrado.) ¡Me da las gracias! O no me ha entendido ó no tiene gana de conversación.

ART. (Aparte.) Si yo hablase francés, podría saber á qué atenerme; pero, desgraciadamente, no sé decir más que tres palabras: *Bon yur*, *mersi* y *trusó*. Las dos primeras ya las he dicho; en cuanto me pregunte algo le suelto la otra y ¡sea lo que Dios quiera!

RUF. (Aparte.) Hay que hacer otra intentona. Veamos. (Alto á Arturo.) *¿Vulé vu?...*

ART. (Sin dejarle acabar.) *¡Trusó!* (Aparte.) Ya está. ¡Se acabó el repertorio! Creo en Dios Padre, Todopoderoso...,

RUF. (Aparte.) *¡Trusó!* ¡Ha dicho *trusó!*.. ¡Ciertos son los toros!... ¡Pero esto es un sueño! De seguro que se refiere al *trusó* de novia, y esto indica que viene á casarse con Gertrudis.

ART. (Aparte.) ¡Hermosa idea! Si vuelve á preguntarme algo, le contesto en español, y como no lo entiende, acabará por aburrirse y no hablarme, que es lo que me hace falta.

RUF. (Aparte.) Esta coincidencia parece obra del demonio. No sólo es francés y lleva el mismo nombre que yo había inventado, sino que viene á casarse con mi discípula... cosa que yo había inventado también. (Alto á Arturo.) *Votre fiansé arriverá tot.*

ART. (Aparte. Levantándose) Lo dicho. ¡Ya me voy yo cargando! (Alto á don Rufino.) ¡Caballero!...

RUF. (Aparte. Levantándose asombrado.) ¿Eh? ¡Habla español!

ART. (Aparte.) Me servirá por lo menos de desahogo el insultarle en castellano. (Alto á don Rufino.) Es usted un impertinente, y no puedo tolerar por más tiempo su odiosa presencia.

RUF. (Aparte.) ¡Demonio, me insulta! (Alto á Arturo.) ¡Señor de Montfreville!...

ART. (Aparte.) ¡Canastos, entiende el español!... ¡Me lucí! (Alto a don Rufino.) Pero el señor de Montfreville, ¿no es usted?

RUF. ¿Yo? No, señor.

ART. En el nombre del Padre, del Hijo...

RUF. ¿Y usted?

ART. Tampoco.

RUF. Y del Espíritu Santo...

LOS DOS (Arrodillándose.) ¡Amén!

RUF. Perdón, caballero; le había tomado por otro.

ART. Lo mismo digo. (Se levantan.)

RUF. ¿De modo que no es usted francés?

ART. No, señor; soy manchego.

RUF. ¡Ya decía yo! Ese acento...

ART. ¿Y usted?

RUF. Sin novedad, muchas gracias.

ART. No es eso; digo que si es usted francés.

RUF. ¡Ah! No, señor; tampoco.

ART. (Aparte.) ¡Buen susto me he llevado!

RUF. Soy un profesor de lenguas vivas y muertas, completamente inofensivo

ART. ¿Don Rufino Lenguaraz?

RUF. Sí, señor; completamente lenguaraz. ¿Y usted?

ART. Yo no soy lenguaraz, pero soy un amante despreciado que se disfraza para llevar á cabo sus planes.

RUF. ¡Cómo! ¿Está usted disfrazado?

ART. Por completo. Todo esto que usted ve, es postizo. (Señalando el bigote, la p rilla y la peluca.)

RUF. ¡Ah!

ART. Y el amor á Gertrudis. .

RUF. ¿También es postizo?

ART. No, señor; volcánico.

RUF. ¡Cáspita!

ART. Ese amor es el que me ha dado fuerzas para arriesgarme en tan comprometida empresa.

RUF. Pero, ¿y esa tarjeta que ha enviado usted hace un momento?

ART. Esa tarjeta me la dió Gertrudis, y me he servido de ella para hacerme pasar por el prometido de mi prima. Como aquí no le conocen...

RUF. Cierto. Ni aquí ni en ninguna parte.

ART. ¿Eh?

RUF. Es un personaje imaginario; y ya que usted ha tenido la atención de confesarme el objeto que le obliga á disfrazarse para venir á esta casa, justo es que yo, á mi vez, le confiese á usted el sistema que empleo para cazar incautos, entre los cuales se encuentran doña Rufa y su hija.

ART. Ya escucho.

RUF. En dos palabras me explicaré. Hace pocos meses, mi situación no podía ser más angustiosa; los discípulos escaseaban de tal modo, que mi vida era un continuo suplicio: comía mal, vestía peor y hablaba poco...

ART. ¿A pesar de poseer tantas lenguas?

RUF. Sí, señor; á pesar de eso. Pero en vez de pensar en el suicidio, como hacen los séres inferiores, mi condición de sabio me obligaba á empresas más nobles y elevadas que me sacasen de apuros. Y, en efecto; después de concienzudos estudios y diabólicas maquinaciones, tuve una idea salvadora: el matrimonio.

ART. ¿Se casó usted?

RUF. Al contrario; eso hubiera sido demostrar la más primitiva ignorancia. Aproveché la utilidad de los avisos útiles de los periódicos para ofrecer un marido extranjero, pero joven y rico, á toda señorita española que hablase el idioma del personaje imaginario creado por mi fantasía.

ART. ¡Satánica idea!

RUF. Los resultados no se hicieron esperar. Con la perspectiva de un buen matrimonio, llovieron sobre mí discípulas y más discípulas, y héme aquí en camino de hacer fortuna.

ART. Comprendido, comprendido. ¿De modo que mi prima Gertrudis?...

RUF. Es una de tantas.

ART. (Algo serio.) ¿Y no teme usted, señor de Lenguaraz, que yo mo vengue de la partida serrana que me ha jugado, dando publicidad á ese sistema tan ingenioso como criminal de pescar discípulas y se quede usted sin ninguna?

RUF. Caballero, la nobleza con que le he confesado mi falta, creo que bien merece la discreción de usted, y...

ART. (Deponiendo su actitud.) Tiene usted razón, es muy justo; pero á cambio de esa discreción necesito la ayuda de usted para acabar de salir de este compromiso.

RUF. Con mucho gusto. ¿Qué hay que hacer?

ART. Convencer á mi tía de que soy el señor de Montfreville que desea casarse inmediatamente.

RUF. Conforme. ¿Y después de casado?

ART. Después... no le necesito á usted para nada.

RUF. ¡Lo creo!

ART. Pero es el caso que yo no sé más francés que una estrofa de la *Marsellesa;* aquéllo de *alón...*

RUF. ¡Magnífico! Con el *alón* nos basta; ya encontraremos medio de arreglarlo todo y... (Mirando á la derecha.) ¡Chist!... Ahí vienen.

ART. Pues, manos á la obra. (Se sientan y hacen que hablan.)

ESCENA ULTIMA

DON RUFINO, ARTURO.—DOÑA RUFA y GERTRUDIS, que han variado de traje y salen por la puerta derecha.

RUFA (Desde la puerta á Gertrudis.) Allí está con don Rufino. Mira, niña, mira qué buena traza tiene.

GER. Sí, mamá; muy buena traza. (Aparte.) ¡Si será Arturo! ¡Qué compromiso! (Don Rufino y Arturo, al verlas, se levantan.)

RUF. Señoras, tengo el honor de presentar á ustedes al señor de Montfreville. (Doña Rufa y Gertrudis se inclinan.)

ART. (Inclinándose.) *Alón...*

RUF. (Aparte á Arturo) ¡Cuidado con el pico!

ART. (Tapándose algo la cara con el sombrero, da la mano a doña Rufa.) *Anfán de la patri.*

RUFA Tanto gusto... (Aparte á don Rufino.) ¿Qué ha dicho?

RUF. Que viene muy cansado del viaje.

ART. (Aparte á Gertrudis, poniéndose á su lado.) Soy yo; ten serenidad.

RUF. (A Gertrudis.) Acaba de decirme este caballero que no ha podido resistir por más tiempo el vivo deseo de conocer á usted personalmente y que viene dispuesto á casarse en seguida de golpe y porrazo.

RUFA ¿De golpe y porrazo?

RUF. Sí, señora; los franceses son así. Todo lo hacen á golpes.

GER. (Aparte á Arturo.) Pero ¿cómo te has atrevido?

ART. (Aparte á Gertrudis.) Por tí me atrevería yo á todo. (La coge por la cintura.)

GER. (Separándose bruscamente.) ¡Pero, por Dios!...

RUFA ¿Qué es eso, niña?

GER. ¡Que me abraza!

RUF. ¡Ah, señorita! No le extrañe á usted; es una costumbre francesa.

RUFA Puesto que lo asegura don Rufino, que está bien enterado, preciso será que no te apartes de la costumbre; podría tomarlo á desaire tu futuro y... (Gertrudis vuelve al lado de Arturo.)

ART. (Aparte á Gertrudis, volviéndola á abrazar.) ¿Ves? Ahora puedo hacerlo impunemente

GER. (Sin enojarse.) Quita, tonto.

RUF. (A doña Rufa.) ¿Ve usted qué pronto han tomado confianza?

RUFA ¡Ya, ya! ¡Y decía la chica que tenía miedo á los franceses!... ¡Ni que fuera zaragozana!

RUF. Al contrario; no hace nada por romper el sitio, cosa que me parece muy natural estando tan próxima la boda.

RUFA Pero si se hace tan repentinamente todo sin esperar á que la niña acabe de aprender el francés, no podrán entenderse.

RUF. ¡Vaya si se entenderán!

ART. (Aparte á Gertrudis.) ¡Ya lo creo! ¿Verdad?

GER. (Aparte á Arturo.) ¡Que te va á oir mamá!

RUF. Además, señora; cuando dos personas se aman, no necesitan hablar el mismo idioma para entenderse.

RUFA, GER. ¿Cómo?

RUF. Lo repito. Los pies pueden suplir ventajosamente á las palabras, y si tienen ustedes la bondad de escucharme...

RUFA, GER. Con mucho gusto.

ART. (Inclinándose.) *Alón*

RUF. (Aparte.) ¡Gracias á Dios que habló con oportunidad!

Música

Estando interesado el corazón
la lengua necesaria ya no es,
y amantes que no son de igual nación
se entienden claramente con los pies.

RUFA
GER.
ART. } ¡Raro es!

RUF. A todo el que lo dude, por favor
le pido que me escuche hasta el final
y yo le probaré que del amor
el baile es el idioma universal.

—

Los amantes, cuando empiezan
á sentir aquí el puñal, (Señala al corazón.)
se saludan cortesmente
con finura sin igual;
y para expresar respeto,
buenas formas y atención,
no se inventa ningún baile
que supere al rigodón.

RUFA
GER.
ART. } Muy cierto es;
probemos pues.

(Ejecutan una figura de rigodón exagerando mucho los saludos. Arturo forma pareja con Gertrudis y don Rufino con doña Rufa. Estos últimos bailan ridículamente.)

—

RUF. Después de unos días
preciso es decir
palabras que le hagan
al pecho latir;
y en vez de «mi vida»,
«mi cielo», «mi edén»...
un vals voluptuoso
lo expresa muy bien.

(Bailan un vals formando parejas como anteriormente.)

—

Mas esto tiene
que concluir,
pues ya los novios
deben sentir
pasión ardiente,
violento afán...
y esto se expresa
con el can-cán.

(Hacen un paso de can-cán divididos en dos parejas como antes.)

—

Y el novio luego,
para indicar
que tiene prisa
por maridar,
á su futura
pone en un *tris*
cantando el himno
de su país.

ART. (Cogiendo del brazo á Gertrudis y dirigiéndose al proscenio.)
¡Alons, anfán de la patrí;
le yur de gluar et arrivé!

LOS CUATRO *¡Alons, anfán de la patrí!*

Hablado

RUF. ¿Se han convencido ustedes?

RUFA Completamente. Por mi parte, pueden casarse ahora mismo.

GER. Y por la mía...

ART. Y por la mía también. (Aparte.) ¡Caracoles, he hablado en español!

RUFA (Sorprendida.) ¿Qué ha dicho usted? (A Arturo.)

RUF. (Aparte.) ¡Se descubrió el pastel!

ART. (Quitándose las gafas, la peluca, el bigote y la perilla; arrodillándose.) Perdón, tía; este descuido me obliga á confesarlo todo. El amor á Gertrudis me ha hecho dar este paso, y...

GER. (Arrodillándose.) Sí, mamá; perdónale y á mí también.

RUFA ¡Jamás! Tu mano pertenece al verdadero señor de Montfreville.

RUF. (Arrodillándose) ¡Perdón, señora! Charles Montfreville no existe.

RUFA ¿Cómo que no existe?

RUF. Sólo en nuestra imaginación. Es un personaje fantástico que yo inventé para proporcionarme lecciones (Se levantan los tres.)

RUFA ¡Cómo!

RUF. A precios económicos y á domicilio.

RUFA ¡Ah, infame! ¿Conque esas tenemos?...

RUF. Sí, señora; esas tenemos, pero si la gente se entera de lo que aquí ha ocurrido me quedaré sin ninguna.

RUFA ¡Quítese usted de mi presencia! ¡Embustero!

GER. Perdónale, mamá.

ART. Sí, tía; aunque no sea más que para celebrar nuestra dicha. El afán de poseer riquezas ha hecho que atentase usted contra la felicidad de su hija procurando alejar de su lado al hombre que, adorándola como yo la adoro, era el único capaz de hacerla dichosa.

RUFA Habla usted como un libro.

RUF. (A doña Rufa.) La providencia, disfrazada de profesor de idiomas, ha venido á demostrar á usted que la avaricia rompe el saco; conque... ¿perdona usted á don Rufino?

RUFA A vosotros, tal vez. Al él ¡de ningún modo!

RUF. Pues bien; no ha de faltar quién lo haga. (Al público.)

Yo te pido mil perdones
porque quizá te aburrí;
de mi destino dispones,
mas ya que yo doy lecciones...
¡que no me las des tú á mí!

TELON RAPIDO